



por José Luis Morales

UN DIA DE MAYO

La mañana era fresca. Apenas el inicio de mayo.

Guatemala vivía días agitados luego de las elecciones del mes de marzo. El regreso a un régimen contitucional después de tres años de gobierno enteramente militar, había creado innumerables expectativas, particularmente dentro de algunos sectores del partido guatemalteco del trabajo -PGT-.

Estos consideraban que la personalidad del presidente electo, un universitario reputado, luchador infatigable en el año 44, etc., abría una perspectiva favorable para el desarrollo de las luchas democráticas y, por consiguiente, se debía posponer la continuación de la creciente ofensiva militar que las guerrillas rurales y la resistencia urbana llevaban a cabo con éxito.

Por otro lado, sectores de las fuerzas armadas rebeldes -FAR-insistían en que el nuevo gobierno y su presidente, no eran más que el resultado de compromisos entre las clases dominantes, el ejército y los USA, por lo cual era necesario reforzar la lucha armada, así como preparar las condiciones de su extensión.

Estaban planteados con nitidez los principales rasgos de la mentalidad y practica de los sectores componentes del movimiento revolucionario.

Existía, sin embargo, una enorme preocupación en las filas de la izquierda en su conjunto. Un grupo considerable de dirigentes y militantes revolucionarios, conocido como "los 28" había sido capturado en diferentes operativos de las fuerzas de seguridad del gobierno y no se contaba con ninguna información seria sobre su paradero.

Corrían rumores alarmantes.

Alrededor de dicho grupo, tomaba amplitud una fuerte campaña de agitación.

A eso de las 9 de la mañana salí de mi casa. La primera cita del día era en el hospedaje de Pedro, con quien compartía las tareas de un sector de la organización: no entendíamos si era una sección de la juventud comunista, de las FAR, o una mezcla de ambas. Por nuestra parte, no vacilábamos mucho en decir que éramos de las FAR, y en sentirnos militando en ellas. Esto, a pesar de haber sido inicialmente "reclutados" para formar parte de la Juventud. Claro que entre el período inicial de

militancia, unos cuatro años antes, y la situación que vivíamos, muchos datos claves se habían modificado. Nos encontrábamos en pleno proceso de Guerra Revolucionaria del Pueblo. Y para ser más exactos, en la primera etapa, que se consideraba de 'defensiva estratégica'. A ésta se agregaban dos etapas más. Por lo menos esa era la línea que se desprendía de los documentos oficiales. En lo orgánico, se trataba de profundizar en las 10 tesis de organización. La historia del huevo y sus componentes.

En verdad, cada quien hacía uso de los documentos de acuerdo a su formación política o, dicho en términos más reales, según el interés de impulsar o no, las tareas que de una u otra manera se recomendaban en tales documentos.

Esto obedecía a que en el fondo, el PGT-FAR en estrecha alianza, -de acuerdo a múltiples comunicados-no constituían en la práctica más que una débil federación de grupos, algunos verdaderamente autónomos.

En la esquina de la casa de Pedro encontré a Rolo. Lo ví normal, como estaba acostumbrado a verlo. Llevando siempre

unos anteojos verdosos que le servían de alivio para una fuerte conjuntivitis y como medida de protección, de clandestinaje.

Nos saludamos y me dijo: ¡tenemos que hacer!

-Le pregunté que qué, y me respondió: luego te digo. Ahorita vonós y rápido pues el tiempo es corto.

Le pedí únicamente que me acompañara a la casa de Pedro pues no podía dejarlo esperando sin aviso.

Yo no sabía de que se trataba pero, por la forma que Rolo usó, intuí que era algo serio. Había acción de por medio.

Lo único que se me ocurrió en el instante, fue decirle a Pedro que guardara mis documentos personales. Busqué en los bolsillos, saqué la cédula y algún carnet, y le dije que pasaba más tarde por ellos.

Rolo era uno de los jefes de la resistencia urbana y con él manteníamos una relación extraorgánica, pues nuestra sección no tenía ningún vínculo oficial con ésta, aparte de ser prohibido por constituir un acto de 'liberalismo', y 'amiguismo', etc.

La realidad era un poco distinta. Se trataba de aislar a los militantes políticos de los militares, para lo cual cualquier tipo de pretextos era bueno.

De Rolo sabía poca cosa. Creo que antes de ser un permanente de la resistencia, había trabajado como obrero industrial y en sus ratos libres practicado el box.

Nos despedimos de Pedro.

Al salir de la casa Rolo me soltó: es un *preñe*.

En nuestro lenguaje, mezcla de 'caló' de bajo mundo y de claves válidas sólo para un pequeño grupo de iniciados, *preñe* significaba secuestro.

No tuvo tiempo ni ganas de reflexionar.

Durante meses me había preparado para una eventualidad de esa naturaleza, o por lo menos, eso era lo que pensaba.

En el fondo no se trataba de una mayor o menor conciencia política. Dados los problemas existentes al interior del movimiento y la división artificial entre los políticos y los militares, participar en acciones armadas constituía, por una parte, una cuestión de hombría y por otra, la única manera de tener al interior de las filas de la izquierda la posibilidad de hablar, protestar, opinar.

Pero lo principal era tener la fuerza moral para discutir sobre los limitados aspectos de la guerra que librábamos al nivel en que cada uno militaba. La llamada fuerza moral, no era más que la aureola que acompañaba a los combatientes distinguidos. Sin embargo, el uso que se hacía de ésta, dió lugar a la creación de una élite de intocables y, de hecho, constituía una especie de secreta aspiración.

En mi caso, participar en una operación armada y gozar de la confianza de uno de

los principales jefes de la resistencia urbana, era la mayor recompensa a un trabajo de colaboración que, rompiendo con los esquemas de la organización, venía realizando con los compas de la resistencia desde hacía bastante tiempo.

Ya en marcha Rolo fué más amplio en sus explicaciones.

Elpreñe tenía varios motivos, entre los cuales, tratar de poner al gobierno contra la pared pidiéndole en canje a los '28' dirigentes y militantes que se encontraban desaparecidos. Por otra parte, se buscaba comprometer al congreso electo en marzo, y que debía tomar posición al día siguiente. Es decir, se escogía como día para el operativo el momento culminante del tránsito de un gobierno puramente militar a un gobierno civil. Era la manera de poner a prueba la constituyente recién electa y ver hasta dónde sus proclamas reformistas iban más allá de los discursos electorales.

Pero lo más importante era demostrar que la izquierda guatemalteca no estaba dispuesta a perder sus dirigentes con los brazos cruzados, haciendo uso de canales jurídicos inexistentes.

Dimos unas cuantas vueltas antes de llegar al punto en donde yo debía intervenir por primera vez en la operación.

Frente al edificio viejo de la Corte Suprema de Justicia, Rolo me dijo: -Esperá a que salga Romeo Augusto, ves si anda con alguien además de su chofer, si llevan armas visibles y en qué dirección se va.

Romeo Augusto De León, era el presidente en funciones de la Corte Suprema de Justicia. No era un político reconocido de derecha, ni militante abierto de algún partido.

Se le había seleccionado por ser el máximo representante de uno de los tres poderes del estado y se buscaba señalar con su captura, su papel de figurón al servicio

de un régimen sin legalidad jurídica y el papel de cobertura de ese organismo en las tareas de la represión. Por último, en lo que constituía para la organización un dato de importancia mayor, su captura no presentaba, en teoría, mayores dificultades.

Frente al palacio de la Corte Suprema se encuentra el cine Abril y un pequeño parque. Allí me senté para hacer tiempo y esperar la salida de nuestro objetivo que debía darse un poco después del medio día. Tratando de no llamar la atención, acepté darme un lustre y en actitud clásica de espera, compré uno o dos diarios.

Era una forma de calmar mis propios nervios.

Tenia ganas enormes de orinar pero no era posible moverme del lugar. Romeo Augusto podía salir de un momento al otro y no debía perderlo de vista.

Aproximadamente al medio día, un excompañero de instituto salió de las oficinas de la Corte.

En la situación en que me encontraba -mirando con insistencia en dirección a la puerta principal del edificio- era imposible evadirlo, a pesar de que un encuentro en ese lugar y a esa hora, podía representar problemas de seguridad posteriores, sobre todo porque en el instituto donde habíamos estudiado, mi reputación de gente de izquierda era relativamente conocida.

Nos saludamos como viejos amigos y conversamos algunos minutos sobre cualquier cosa.

No creo que se imaginara el motivo de mi estancia frente al edificio gubernamental.

En ese período, los funcionarios del organismo judicial eran puramente decorativos y, por esa razón, no habían sido 'molestados' por los sectores de la izquierda, aún si alguna vez habían sido denunciados por su ineficiencia.



Lo único que me dijo de inquietante (por aquello de "atar cabos") fue lo relativo a su padre: él era también un magistrado de la Corte.

Abrió la puerta de su vehículo, hizo un ademán de despedida y me quedé solo en la espera, con mis nuevas preocupaciones.

Cuando me encontraba al límite de la paciencia, un señor grande, en compañía de su chofer en uniforme, montaron en el enorme carro americano, color gris que era, según nuestras informaciones, el que usaba Romeo Augusto.

Partieron en la dirección habitual.

Un poco más tarde, encontré ya en el vehículo destinado a la operación, al grupo seleccionado. Rolo nos completó los pormenores y repartió las tareas. El chofer, pieza clave en este tipo de acciones, era Onofre. Daba la impresión de ser más nervioso de lo necesario. Carmelo, un dirigente universitario, se mostraba calmo y buen conversador como siempre. El debía manejar el carro de Romeo Augusto en el momento de su captura.

Marcelo, quien era el otro fogueado del grupo, formaba parte de los nuevos cuadros de la resistencia urbana. Por esa razón le correspondía asumir el relevo en el mando de la acción, en caso de que Rolo tuviera algún problema.

Finalmente estaba yo. Creo que nunca había sentido tantas ganas juntas de orinar y tanto frío en las manos. Mi misión era de apoyo.

El plan de captura era simple. Se trataba de esperar que Romeo Augusto regresara a su trabajo, como de costumbre, luego de almorzar. En el camino teníamos que bloquearle el paso, amenazarlo con nuestras armas, trasladarlo luego a nuestro carro y llevárnoslo.

Si era posible, también debíamos llevarnos su carro. Al chofer lo dejábamos libre, únicamente con la recomendación de no avisar a la policía antes de que pasara una hora. Y misión cumplida.

Como el trayecto que teníamos para capturarlo no era muy largo, la operación debía ser rápida y a no más de 200 metros de su casa. Más adelante se presentaba difícil, pues las calles eran muy pobladas y transitadas, sobre todo por la existencia de un destacamento de bomberos y un instituto de secundaria.

Llenos de confianza iniciamos la espera.

A los pocos minutos nos dimos cuenta que salía en dirección contraria a la que suponíamos; que se nos iba de las manos, que ya no podríamos agarrarlo en el inicio de la tarde como habíamos pensado. Todos tuvimos la sensación de haber corrido un riesgo innecesario, y nos invadió una enorme frustración.

En verdad, todo era perfectamente claro y se explicaba por la falta de planificación. La ausencia de una experiencia verdadera se hacía sentir en todos los actos cotidianos. Eramos apenas un movimiento

balbuceante, que ya debía dar muestras de madurez.

Las orientaciones que Rolo tenía eran claras y no dejaban ningún margen de duda: había que agarrar a Romeo Augusto ese día, de cualquier manera. Se tenía la convicción de que las condiciones políticas existentes eran de cierto modo únicas. Además, la suerte de los compañeros desaparecidos no esperaba.

Teniendo en cuenta estos elementos, Rolo nos dijo que los miembros del grupo debíamos concentrarnos en la tarde, a fin de intentar la captura de Romeo Augusto a la salida de su trabajo, que se efectuaba entre las 6.00 y 6.30.

En consecuencia, Carmelo, Marcelo y yo debíamos trasladarnos a una casa que en el código interno se le conocía como la 'maceta'.

Con esta medida se trataba de evitar cualquier posible filtración, pudiéndose discutir todos los pormenores del próximo intento. Rolo por su parte, utilizaría la tarde para realizar algunos contactos y Onofre lo acompañaría.

En ese momento surgió un problema que no estaba para nada previsto. Carmelo no podía concentrarse y difícilmente podría participar en el intento de la tarde, pues estaba obligado a asistir a una asamblea estudiantil en su Facultad. Explicó que la asamblea tenía varios motivos, uno de los cuales estaba relacionado con asuntos electorales estudiantiles. Y otro más era tratar de movilizar a los estudiantes alrededor de los 28 desaparecidos. Insistió que él no podía faltar a esa asamblea y que si el tiempo se lo permitía, estaba siempre dispuesto a echar una mano.

Para algunos de nosotros, las razones que daba Carmelo para no concentrarse y de hecho, para no participar en el intento que debíamos llevar a cabo más tarde, eran meros pretextos y la forma de evadir una tarea que implicaba algunos riesgos. Alguien se recordó que en el intento del medio día, Carmelo era el único que había intentado taparse la cara utilizando una media. Pues, por tratarse de una operación en donde la participación debía de ser anónima, no formaba parte del terreno adecuado para los intelectuales universitarios de izquierda, acostumbrados al reconocimiento público de su participación política.

En realidad, las razones de Carmelo y la pequeña discusión que habían generado, ponía al descubierto una de las tantas contradicciones que atravesaban el movimiento revolucionario.

Estas se manifestaban de múltiples formas, llegando a pasar (por la fuerza de costumbre) desapercibidas en la práctica.

Una primera aproximación a estas contradicciones permitía ver que, por una parte, los combatientes de la resistencia tenían dificultades para entender el trabajo de masas y hasta se le llegaba a considerar innecesario. Una pérdida de tiempo.

Esto era el reflejo de un nivel político-ideológico bastante bajo, y al mismo tiempo, una expresión de la ausencia de mecanismos que permitieran resolver esta deficiencia.

Por otra, los militantes del movimiento de masas, en especial a nivel universitario, minimizaban el impacto político de las acciones armadas y la práctica que las acompañaba.

La actitud de Carmelo resumía de alguna forma uno de los lados de estas contradicciones.

Pero también ponía al descubierto un enorme error en materia de organización y de división del trabajo militante. En efecto, no era posible que un militante del movimiento de masas participara en acciones armadas, si al mismo tiempo tenía que cumplir con las tareas de su frente de trabajo. Y desde otro punto de vista, constituía una elemental violación de principios claves en el trabajo clandestino. Fuera de los problemas de seguridad que la no participación de Carmelo suponía, pues era, o debía ser norma, que sólo los participantes de una operación estaban y debían estar al corriente de la misma, su actitud de "abandono" contribuía -por falta de análisis serio- a profundizar la desconfianza que en las filas de la resistencia existía hacia los sectores 'políticos' del movimiento.

Para algunos, el juicio rápido y el razonamiento simple permitían resolver de tajo la contradicción y sus problemas; mientras uno se jugaba el pellejo, otros se dedicaban a hablar babosadas.

Este tipo de conclusión, no contribuía a resolver ni a aclarar fenómenos tan complejos.

La verdad era que existían al interior del movimiento dos grandes corrientes ideológicas, dos actitudes políticas que en muchos casos llegaban a ser excluyentes.

La dificultad mayor que existía para percibir este fenómeno, estaba representada por la inexistencia de una estructura orgánica sólida y coherente.

Existían de hecho varias estructuras orgánicas, que muchas veces funcionaban de manera paralela, que permitían a los militantes ubicarse de acuerdo a su 'vocación' y esto, con la anuencia de sectores de la dirección.

Las dos corrientes ideológicas en cuestión y la práctica que de ellas se derivaba, se podía resumir de la manera siguiente: por un lado quienes defendían la urgente necesidad de avanzar en el desarrollo de la GRDP, multiplicando los combates y las acciones armadas de todo género; aprovechando las condiciones favorables creadas por las acciones victoriosas que se venían desarrollando y que ponían a las fuerzas de izquierda en una situación de ventaja política. Había que tirar partido de la iniciativa militar y política, que por el momento estaba en poder del movimiento revolucionario.

En este sentido, el cambio de gobierno que estaba en marcha no debía modificar

la estrategia de los revolucionarios, pues la guerra revolucionaria no podía estar sujeta a los vaivenes resultantes de las urnas electorales. Era posible y quizás de alguna manera necesario, modificar algunos aspectos de la táctica, pero sólo después de una amplia discusión que abordara los problemas del país en su conjunto.

Por otro lado, los que participaban de la otra gran corriente, consideraban que las formas de impulsar la GRDP dependían principalmente de la creación y preparación de condiciones 'subjetivas' que permitieran a más largo plazo, el paso victorioso hacia formas superiores de lucha, incluyendo dentro de éstas, las acciones armadas.

Para estos sectores, el cambio de gobierno que estaba en curso, abría posibilidades enormes para el desarrollo del trabajo de masas, para la preparación de condiciones políticas favorables y, por lo tanto, había que mostrarse 'prudente' en el accionar militar.

La guerra revolucionaria del pueblo, decían, tiene momentos de ofensiva y momentos de defensiva pero, sobre todo, había ocasiones en que lo militar tenía supremacía sobre lo político y otras en que se producía el fenómeno inverso.

En resumen, dadas las condiciones que existían en el país y el carácter 'relativamente diferente' del período, era el momento de hacer valer la preeminencia de lo político sobre lo militar.

Era casi un llamado a enterrar los fusiles.

Esta enorme contradicción, nosotros la vivíamos sin darnos cuenta de los peligros que entrañaba. Y lo más grave, era que la reproducíamos la mayor parte de las veces, de forma caricatural, con gala de irresponsabilidad.

Al final del pequeño incidente, cuando Carmelo se despidió, nos dimos cuenta de que el grupo quedaba incompleto y esto nos creaba una dificultad suplementaria.

Era a niveles concretos, en la práctica cotidiana, en donde las famosas corrientes existentes al interior del movimiento se hacían presentes y en donde se ponía al descubierto, el carácter formal y de compromiso de muchos documentos que pregonaban la unidad granítica del Partido y de las FAR.

A esa hora, era difícil encontrar a otro compañero probado o de confianza y que pudiera funcionar como chofer para el segundo vehículo. Entonces se me ocurrió que Pedro podría participar, llenando el vacío dejado por Carmelo.

Le propuse a Rolo que pasara por su casa pues seguro que lo encontraba y yo sabía que aquel no nos fallaba. La propuesta fué aceptada sin demora. La verdad era que a esa hora, escoger era un lujo que ya no podíamos darnos.



Pedro formaba parte de los compañeros que en nuestra sección mantenían relaciones con los grupos de la resistencia urbana, y que más de una vez, se habían manifestado por una mayor incorporación a las tareas armadas del movimiento. Dejando así de constituir grupos que sólo de manera periférica participaban en el esfuerzo de la GRDP y que dedicaban lo mejor de su energía militante, a las tareas estrictamente 'políticas', que, en última instancia -se decía-también formaban parte del proceso de la GRDP.

Además, hacía unas 2 o 3 semanas, Rolo, Pedro y yo, habíamos participado en un intento de operación que se había terminado en total fracaso, pues los informes de que disponíamos, eran cien por ciento vagos, especulativos e irresponsables. Habíamos estado a unos cuantos metros de 'ajusticiar' a una persona que se le había confundido con un verdadero delator. En esa oportunidad, Pedro había demostrado sus dotes como buen chofer.

Unos minutos después, Marcelo y yo nos encontramos en la casa que se llamaba la 'maceta'. Al entrar tuve una impresión extraña. La casa estaba prácticamente abandonada, no había un sólo mueble y el único indicio que permitía concluir que era una casa usada por revolucionarios eran algunos volantes y folletos tirados por el suelo. Era propaganda vieja, informando o denunciando sobre acontecimientos que ya formaban parte del anecdotario y de la historia.

Sirviéndonos de los volantes y periódicos que encontramos, improvisamos lechos para recostarnos, y así descansar un poco y esperar la llegada de Rolo para el intento de la tarde, que según nosotros, debía ser el definitivo.

En condiciones de espera e incomodidad, la tensión que vivíamos aumentaba

gradualmente. La única forma posible de medio pasarla era conversando. Quitarle tiempo al tiempo, conversando.

Fue la mejor ocasión que tuvimos con Marcelo para continuar nuestra vieja discusión sobre el huevo y sus características.

Rápidamente convenimos que los 'viejos' del partido no eran nada babosos y que nosotros hacíamos figura de niños de teta en cuestiones políticas de fondo y, sobre todo, en maniobras políticas de fondo y cargadas de intenciones no siempre saludables.

El origen de nuestra discusión, -que generalmente iba acompañada de más de una mentada de madre a los viejos del Partido,-lo constituía nuestro desacuerdo hacia un documento de 'línea' que los 'rocos' nos habían hecho aprender casi con métodos de escuela elemental, en más de algún caso.

En efecto, según el documento conocido como las '10 Tesis de Organización', que durante buen tiempo reflejó la concepción de la dirección del Partido en esta materia y que fue transmitido como línea en los organismos de la Juventud y de las FAR, sin mayor discusión y convicción, y luego abandonado prácticamente por inercia, el Partido era y constituía el núcleo central de la revolución guatemalteca.

En este marco, la alianza Partido-FAR y especialmente el papel dirigente del primero, se debía demostrar en lo ideológico como en lo orgánico.

Hacerlo práctica en lo orgánico era indispensable. De los métodos de organización y de las medidas disciplinarias (libremente aceptadas y discutidas...) dependía en gran parte el proyecto que colocaba al partido en el centro de todas las actividades que se desarrollaban en ese enton-

ces.

Por esta razón, el núcleo central de la alianza-unidad-fusión (pues nunca se sabía el grado real de la intimidad o distancia en las relaciones) del PGT y las FAR, estaba constituido y, *debía estar constituido*, por los mejores cuadros del Partido y la Juventud del Partido, que a su nivel respectivo eran los encargados de formar a los militantes, de dirigir las células y de garantizar el desarrollo de la línea del Partido.

Era una idea aceptada y difundida el hecho de que las FAR eran una organización amplia, abierta, no partidaria, no sectaria, a la cual podía pertenecer prácticamente cualquier persona, sin distinción de clase, raza, sexo, profesión u oficio. A partir de estas características, criterios ideológicos y poco más elaborados, como profesar ideas marxistas, no contaban mayor cosa. Lo indispensable para poder participar de los organismos de las FAR, era tener la disposición de impulsar la lucha armada y todas las tareas que ésta suponía. A esto se le agregaba un pequeño barniz ideológico-político, que podía estar representado por una relativa convicción de corte Arbanquista y santos en paz. Con los criterios principales del documento en cuestión se podía llegar a ser un buen y probado combatiente, a impulsar amplio trabajo de organización desde la perspectiva FAR y a no pertenecer al Partido. Pero, lo más grave era el reverso de la medalla. Equis persona, podía no haber nunca combatido, no entender los problemas nuevos que planteaba el desarrollo de la FAR, y en tanto que militante del Partido, tener al interior de las FAR la categoría de 'cuadro'.

Esta visión particular de la relación PGT-FAR y de las esferas naturales de trabajo que se creaban, daban como resultado que la mayoría de los intelectuales revolucionarios, estudiantes o no, se mantuvieran en forma permanente al frente de tareas puramente administrativas, sin mayor perspectiva política y sin gran vinculación con las tareas de la GRDP. En el otro extremo, estaban colocados los combatientes, que en su mayor parte no poseían una formación política ni cultural y que sólo en la práctica iban paso a paso entendiendo las dificultades que planteaba un proceso revolucionario.

Esta especie de abismo, dió lugar más de una vez a afirmaciones del tipo: los de las FAR constituyen las tropas de choque del partido; el Partido es la cabeza que dirige y las FAR el brazo que ejecuta, y así por el estilo.

Fue, sin embargo, a nivel de explicación de dichas tesis, donde se encontró el ejemplo más escandaloso, mecánico y difundido.

Según esta explicación, el Partido era la yema-núcleo-dirigente y las FAR, la clara-cáscara-periferia fluctuante. Un verdadero concentrado de dialéctica materialista... versión cuadros comunistas del Parti-

do. Ya como anécdota, la historia del huevo del Partido, y de sus huevos en general, dió más de cuatro vueltas sin llegar nunca a resolverse. Esto a pesar de los comunicados.

Como a las 5.30 llegaron Rolo y Onofre. Los dos muy contentos y, al mismo tiempo, preocupados. El motivo era de talla. Otra unidad de la Resistencia había capturado a eso de las tres de la tarde a Baltazar Morales, quien era Secretario de Información de la Presidencia. En el momento de su captura se había producido un fuerte tiroteo. No se sabía cómo y por qué había ocurrido. De lo único que se estaba seguro era de la muerte de dos personas y de que, durante la operación, los compas se habían visto obligados a dejar abandonado el carro que llevaban.

En cuanto a Baltazar y su estado de salud luego del incidente, solamente quedaban interrogantes. Si había salido herido, crearía problemas para desarrollar las negociaciones, pues éstas tendrían que ser muy rápidas y el margen de maniobra de la organización, sería muy limitado.

En cuanto a nosotros, el escándalo de la tarde creaba problemas mayores y esto aumentaba nuestra tensión. Ahora tendríamos que llevar a cabo nuestra operación con la policía y las fuerzas de seguridad del gobierno en estado de alerta, patrullando las calles y llevando cabo controles que podían impedir la operación e, incluso, obligarnos a un enfrentamiento que no buscábamos.

En condiciones semejantes, la sorpresa, nudo central de cualquier acción urbana, ya no estaba completamente de nuestro lado. El intento frustrado del medio día estaba a punto de transformarse en el fracaso de la operación en su conjunto.

Sólo en ese instante nos informo Rolo de que otra unidad de la resistencia estaba en condiciones similares a las nuestras. Ellos también habían hecho un intento al medio día y como nosotros, debían volver a intentar cumplir con su misión.

La operación que estábamos llevando a cabo, en la que se habían invertido semanas de preparación y recursos importantes, tenía envergadura nacional y políticamente un impacto insospechado. Representaba de hecho, un salto de calidad en las acciones de la resistencia urbana de las FAR. Y aún más, constituía una primicia en América Latina.

Si cumplíamos con éxito todas las partes del operativo ni el gobierno, ni la prensa a su servicio, podrían atribuir la cadena de secuestros políticos, a bandoleros o terroristas. Se trataba de una acción sin ambigüedad de ninguna especie y cargada hasta el fondo de contenido político. Se iba más allá de una simple escaramuza protagonizada por los malos guatemaltecos. Esta vez, los golpes iban dirigidos hacia el corazón del Estado, en su parte civil-representativa.

Intercambiamos las últimas recomendaciones y salimos. Todavía teníamos que

pasar por Pedro. Este ya estaba al corriente y nos esperaba en su casa. Para ello, había que atravesar prácticamente toda la ciudad. Fué entonces que nos dimos cuenta del despliegue de fuerzas. No se trataba de pequeños piquetes de policía los que patrullaban. Por las calles se desplazaban camiones llenos de tropa. Con seguridad buscaban cerrar todas las entradas y salidas de la ciudad, para luego iniciar cateos en las zonas que consideraban propicias para esconder un secuestrado y ocupar todas las grandes avenidas y cruces importantes, a fin de llevar a cabo registros sistemáticos de vehículos.

Era el mayor operativo urbano en muchos meses.

Para nosotros, era una verdadera carrera contra el tiempo. No podíamos cometer el menor error y teníamos que forzar al máximo la capacidad de nuestros nervios.

Cuando recogimos a Pedro y la unidad estuvo completa, Rolo dió las últimas instrucciones. El tono empleado esta vez era verdaderamente grave. Se notaba que hacía esfuerzos para no perder la calma y para tratar de influirnos confianza. Como ahora el resto de la operación se llevaba a cabo en un terreno ocupado por el enemigo y en estado de alerta, las posibilidades de un encuentro armado desventajoso para nosotros eran más que probables. Al tomar en cuenta esta variante como elemento central, nos dijo, el plan de captura inicial se modifica. Tenemos que agarrar a Romeo Augusto en donde sea, a la primera oportunidad que se nos presente, sin ninguna vacilación.

Todos conservan las mismas tareas -agregó- y éstas pueden modificarse, sólo si nos sales tiros. Si por mala suerte alguien queda herido, hay que sacarlo. No podemos dejar a nadie. No podemos permitir que el enemigo capture vivo a nadie.

Ya en esa época, sabíamos que si un compañero caía herido en manos de la policía o del ejército, era automáticamente torturado, buscando arrancarle alguna información que les permitiera ubicar a más compañeros, los refugios y eventualmente alguno que otro proyecto.

Sabíamos, además, que 'hablando' o no, la suerte que se corría era la misma: morir en las sesiones de tortura. Mutilado la mayor parte de las veces, y desaparecido para siempre.

La última instrucción de Rolo no dejaba ninguna duda acerca de la actitud que debíamos asumir en caso de combate. Guarden todos una bala en el bolsillo -dijo- y en caso de necesidad ya saben lo que tienen que hacer.

Fue entonces que tuve miedo.

Para evitar cualquier tipo de sorpresa, esta vez nos colocamos frente a la Corte Suprema de Justicia, a unos 30 metros del carro de Romeo Augusto. A diferencia del intento del medio día, no lo esperábamos en un lugar escogido de antemano, inmóviles. Ahora lo íbamos a seguir como un

TESTIMONIOS

preso de presa, para capturarlo donde fuera posible.

Eran como las 6.30 de la tarde.

Cuando lo vimos montar en su carro en compañía del chofer, sentimos que se iniciaba para nosotros la verdadera cuenta regresiva. El primer sobresalto fui inmediato. En lugar de continuar a lo largo de la novena avenida, como de costumbre, dieron la vuelta y subieron la 14 calle. Esto era el colmo de lo inesperado. A dos cuadras apenas, quedaban los edificios de la Policía Judicial y el primer cuerpo de la Policía Nacional, ambas en estado de alerta.

Nosotros éramos cinco muchachos en un carro y con las armas prácticamente al descubierto. Algo con que llamar la atención. Siguieron la 14 calle y pasamos frente a los locales de la policía. Doblaron en la sexta avenida y nosotros siguiéndolos. Al pasar frente a la policía vimos la agitación. Había varios camiones y jeeps de donde entraban y salían uniformados y judiciales. Casi que nos rozamos con ellos.

A pocas cuadras, el carro de Romeo Augusto se detuvo. Este bajó y tocó la puerta de una casa situada frente a un bar llamado "Aquí nadie pasa sin saludar al Rey". Nos estacionamos. Esperamos alrededor de media hora, lo cual nos tenía a punto de abandonar la empresa, pues los riesgos que corríamos se multiplicaban. Pero, finalmente salió. En ese momento tuvimos la certeza de que era nuestro, de que ya nada podía impedir que lo agarráramos. Dobló la séptima avenida en dirección norte, rumbo a su casa y nosotros pegados a su rueda. Volvimos a pasar frente a la policía, sólo que ahora sobre la séptima avenida. Era demasiado. Ninguno de nosotros podía articular palabra. Estábamos a punto de estallar de los nervios. El tráfico era intenso, más de lo normal. Seguramente muchas personas se apuraban para llegar antes a su casa, pues la noticia del otro secuestro ya era conocida y la movilización de las fuerzas policiales muy grande para pasar desapercibida.

En un país como el nuestro, los reflejos de autoprotección que existen en la población son enormes; el sentido del peligro y de la represión también. Al primer síntoma de movilización de las fuerzas de seguridad, el instinto le dice a la gente que hay que ponerse en lugar seguro.

Estuvimos a punto de perderlo de vista en un embotellamiento de tránsito que había en un semáforo. Sin embargo logramos continuar a distancia prudente. Cuando tuvimos la certeza de que continuaba en dirección a su casa, nos adelantamos para esperarlo.

Escogimos para capturarlo el mejor lugar. Casi en la esquina de su casa, por donde tenía que pasar. Al verlo todo se precipitó. Onofre en una maniobra rápida le bloqueó el paso al carro y nosotros amenazamos a los ocupantes de forma inmediata con nuestras armas. Romeo y su chofer quedaron paralizados por lo violento

de la escena. Rolo y Marcelo, lo bajaron a la fuerza y lo tiraron al piso de nuestro carro. Pedro y yo montamos en el carro de Romeo Augusto. Al chofer lo quitamos del volante y yo lo amenacé con la carabina que tenía. Se la clavé en las costillas. Pedro al timón, en el clímax de los nervios, se dió cuenta de que no podría manejar el carro. No conocía el sistema de los vehículos automáticos y por eso estábamos bloqueados. Marcelo que había regresado, le gritó al chofer que apagara las luces del carro y éste seguía paralizado. Entonces le grité a Pedro para que se quitara del timón y le ordené al chofer: Maneje. Sáquenlos de aquí, mientras le volvía a clavar la carabina en las costillas.

Habían pasado unos 30 segundos, un minuto al máximo.

Salimos despacio. A las pocas cuadras, Pedro ya al tanto de el sistema automático del carro, volvió a ocupar el timón. Los nervios eran grandes y en cada esquina rechinábamos las llantas pues los frenos eran de precisión exagerada. Onofre aceleró y pasó a nuestro lado. En el instante Rolo nos gritó, ¡dejen esa mierda y venganse con nosotros! Nos bajamos, pero antes de dejar el carro de Romeo Augusto, arranqué las llaves. El chofer aún me dijo, ¿y yo cómo me regreso? Sólo tuve tiempo para decirle que si daba parte a la policía antes de que pasara una hora, que se atuviera a las consecuencias.

En el carro nuestro la situación era casi cómica. Un Alfa Romeo pequeño, Romeo Augusto tirado en el piso de atrás, en posición de "columbrón" y tres de nosotros con los pies en su espalda y con las carabinas apuntándole. En esas condiciones, el Presidente de la Corte Suprema de Justicia, parecía más indefenso que grande. Al llegar al Cerro del Carmen, Rolo nos dijo a Pedro y a mí, ¡muchá aquí se quedan! Nos bajamos y ellos siguieron. Habíamos cumplido nuestra misión.

Cuando nos encontramos solos con Pedro, no dábamos crédito a lo que habíamos vivido en las últimas dos horas. Teníamos la impresión de caminar como sospechosos, de que la gente nos miraba de una forma especial, diferente.

Caminábamos rápido, nerviosos. Comentando en voz baja, el incidente de las velocidades del carro de Romeo Augusto; el miedo que cada quien había sentido, el éxito de la operación. Nos dirigimos a la

casa de una amiga común, en donde Mónica y Pamela nos esperaban.

En el camino, cuando nuestros comentarios se confundían con la ansiedad de encontrar un lugar seguro para descansar y relajarnos, nos encontramos con la unidad de Fuguché. Eran los compañeros que a la misma hora que nosotros debían intentar la captura de otro alto dirigente del estado. Hable rápido con Fugu y le conté que habíamos tenido éxito en nuestra operación y que Rolo, Romeo Augusto y el resto ya se habían ido.

Fugu me dijo que ellos no habían corrido la misma suerte. Su objetivo no había salido en toda la tarde de su casa, probablemente a causa de las noticias.

Habían esperado hasta el límite de lo prudente, pero la enorme movilización que existía nos obligaba a tomar la decisión de abandonar el intento. El objetivo que ellos tenían era la captura del presidente del Congreso, Vicente Díaz Samayoa. Me preguntó que cómo estaban los controles y le respondí que todo estaba bloqueado. Efectivamente, a sólo doscientos metros, la policía y el ejército efectuaban registros. Fugu dió entonces el orden de regresar y nos despedimos.

Cuando llegamos a la casa donde nos esperaban nuestras amigas, habíamos vivido una jornada larga, como ella sola. Conversamos un par de horas. Todo giró alrededor de la operación que venía de concluirse. No hicimos un brindis porque no formaba parte de nuestra práctica. La verdad era que lo habíamos ganado. Déjeme arma y salí. En el camino rumbo a mi casa, iba pensando en lo que los diarios dirían al día siguiente y en la cara que los compañeros de nuestra sección, harían al enterarse del "libretazo" que habíamos dado con Pedro.

Estaba en lo más profundo de mis cavilaciones cuando metí la mano en uno de mis bolsillos. Sentí un juego de llaves que no era el mío y me sentí de pronto paralizado. Eran las llaves del carro de Romeo Augusto. En actitud de puro reflejo, las agarré y apreté tan fuerte que me dolieron las manos. Busqué un tragante, las tiré y me sentí de nuevo liberado.

Cuando llegué a mi casa, me dirigí a la cama como un autómatas. Terminaba para mí, un día de mayo de 1966.

